

CUANDO LAS MADRES ENSEÑAN Y LOS MAESTROS EDUCAN

El cíclico debate sobre los deberes oculta tres crisis educativas: la de la infancia víctima de la saturación de los tiempos laborales adultos; la que tiene que ver con el alejamiento escolar de las familias; la producida por el desfase entre la escuela actual y la que necesita la infancia y la adolescencia de la sociedad de la información. Los deberes tienen que ver con una escuela desfasada y representan un conflicto familiar porque los padres y madres y el profesorado no comparten educación y aprendizaje.

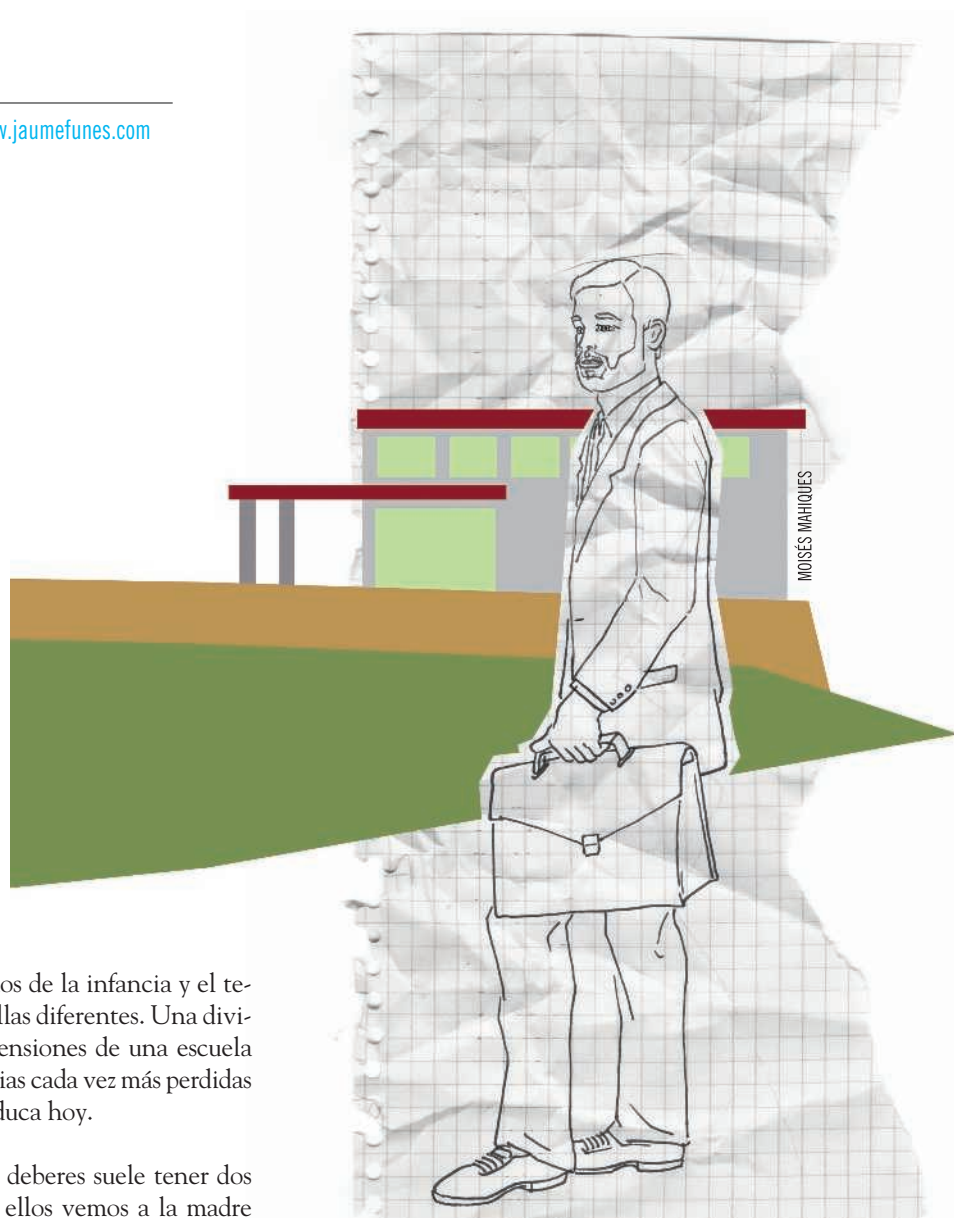
Jaume Funes

Psicólogo, educador, abuelo.

adolescencia@jaumefunes.com / <http://www.jaumefunes.com>

Durante el curso pasado dediqué buena parte de mi tiempo como educador y divulgador a hablar y escribir sobre los deberes, sobre las tareas escolares a hacer en casa. Incluso escribí un libro que llegó a las librerías el pasado mes de septiembre (Funes, 2016). Hablé y escribí porque era y es fácil comprobar cómo se ha ido agrandando un viejo foso educativo. Un talud que separa los mundos de la infancia y el territorio escolar, colocándolos en orillas diferentes. Una división y contradicción entre las pretensiones de una escuela cada vez más académica y unas familias cada vez más perdidas sobre cómo se aprende y cómo se educa hoy.

La realidad escolar actual sobre los deberes suele tener dos escenarios dominantes. En uno de ellos vemos a la madre



(todavía son mayoritariamente ellas), que al final de la jornada ha de pensar en la cena, conseguir que los hijos se bañen, planificar la semana y, además, dedicarse a que hagan la ficha que la escuela ha puesto como deberes para el día siguiente. En la otra aparece una escuela que necesita continuar su acción más allá del aula, en la familia, ahogada por un currículo (todo aquello que se ha de aprender para luego olvidar) cada vez más extenso y unas formas de enseñar en las que predominan la repetición y la memorización.

LA HUELGA DE DEBERES Y LAS CRISIS QUE OCULTA

Aparqué parte de mis preocupaciones al acabar el curso, pero, empezamos uno nuevo y el debate sigue vivo, hasta el extremo de que las asociaciones de padres y madres han convocado una huelga de deberes. Ahora me preocupa haber ayudado a caer en la trampa de discutir si hay que hacer deberes y en qué cantidad, haciendo olvidar que de lo que se trata es de cambiar drásticamente la escuela que los pone.

Detrás de la actual crisis de los deberes y su colonización de la vida familiar hay, al menos, otras tres crisis de mucho más calado. En primer lugar, hay una enorme confrontación entre las necesidades de la infancia y la adolescencia y las necesidades de sus adultos. Los tiempos de los adultos van primero; los tiempos de la infancia, después. La chispa de los deberes salta porque los padres y madres tienen escaso tiempo para estar con sus hijos. No se trata solo de baño, cena y ficha. También se trata de momentos de saturación e histeria después de una jornada cada vez más larga de trabajo para ir sobreviviendo. También hay tensión, porque el poco tiempo que les queda quisieran dedicarlo a los abrazos o a leer juntos. En algunas familias (no nos engañemos) porque prefieren que los hijos traigan tareas escolares, así están ocupados y les dejan en paz. Lo que no encaja es la suma de tiempo escolar, actividades extraescolares, tiempos de custodia hasta poder llegar a casa y, al final, tiempo para los deberes. Lo que realmente ocurre es que, cuando el mundo adulto entra en crisis, la factura la paga la infancia.

La segunda gran crisis es la ruptura casi total de las relaciones de confianza y ayuda entre la escuela y las familias. Las propias leyes estimulan la separación. Se teoriza incluso que tienen tareas diferentes: en la escuela se enseña y en la familia se educa. Se pide que la familia colabore, pero que no se meta en lo que hace la escuela. Igualmente, un sector significativo de grupos familiares amplía su delegación de la educación y busca en la escuela una empresa de servicios que lo haga bien la mayor parte de la jornada posible.

Pero muchos padres y madres, en medio de profundos desconciertos educativos, descubren una tercera crisis: la escuela a la que van sus hijos no es la que hoy en día necesitan. No solo constatan que la propuesta de la ficha que deben

ayudar a hacer es absurda (¿para qué necesitarán saber la diferencia entre diptongos ascendentes y descendentes?), sino que intuyen (deberíamos intuir todos) que buena parte de la propuesta de deberes parece que tiene que ver con una escuela del pasado. Puede, piensan, que la salida al conflicto no sea no tenerlos, sino que ir al cine con los hijos sirva de tarea de aprendizaje valorada al día siguiente en la escuela. Parece pues que no deberíamos gastar esfuerzos en suprimir los deberes, sino en conseguir una escuela diferente.

DE LAS TABLAS DE MULTIPLICAR A MANTENER EL DESEO DE APRENDER

Desde las preocupaciones familiares por la escuela en la que pasan buena parte de su vida nuestros hijos, nuestra infancia, el debate sobre los deberes debe llevar, en primer lugar, a tener claros algunos aspectos clave de la educación y el aprendizaje. Por ejemplo: los niños y niñas necesitan la escuela. Sin las oportunidades educativas que en ella se construyen no sería posible su adecuado desarrollo. Necesitan descubrir la vida de manera diferente a la del grupo familiar, construirse conviviendo con otros, preguntarse y encontrar respuestas a lo que pasa a su alrededor. No los enviamos a la escuela para que los cuiden, ni para que aprendan las tablas de multiplicar. Van para ser felices, en compañía de otros, descubriendo, creando, queriendo saber. Por eso, no debería haber inconveniente para que en casa quieran continuar la tarea de saber más que nació en el aula.

También sabemos desde hace tiempo que la principal tarea de la escuela debería ser aprender a aprender. No se nos ocurre defender que se trata de memorizar contenidos para examinarse. Queremos que cuando dejen la escuela sean cultos. Pero, como decía en el libro citado: “Un hijo o una hija no será inculto por no saber en qué año comenzó la revolución francesa, sino por no tener curiosidad por cómo acaba en cada momento de la historia la tendencia de monarcas y dictadores a imponer sus reglas. No será inculto solo porque no sepa cómo funciona su cuerpo, sino por creer que su estado de ánimo depende de su horóscopo. Será inculto si desde pequeño no tiene curiosidad por saber por qué razón desaparece la luna cada mañana o por qué de una semilla sale una planta”. Por eso no importa que los deberes sean acumular en casa preguntas que buscarán respuesta al día siguiente en la escuela.

Las investigaciones sobre cómo se aprende nos recuerdan, por ejemplo, que se aprende mejor en compañía. Por eso, los deberes que funcionan son actividades cooperativas y no actos de soledad delante de las fichas de un libro. Además, se producen en red y se comparten en la nube digital. Los deberes tienen alguna utilidad en la medida que facilitan la entrada de la vida en la escuela y permiten descubrir que aquello que se aprende tiene que ver con la vida. Eso signi-

fica que los padres y los profesores no se estresan ni por las notas individuales ni por las “malas compañías”.

PASAR DE CREAR A TENER QUE EMPOLLAR

Cada etapa de la infancia tiene su peculiar relación con la escuela. Por eso, la escuela se organiza por ciclos y en cada uno hay un conjunto de “competencias” que deben llegar a dominarse. Adquirir una competencia quiere decir llegar a poseer todo aquello (conocimientos, habilidades, estrategias, actitudes, maneras de hacer) que hace que un alumno sea capaz de dar respuestas a los diferentes problemas que como persona encuentre ahora y más adelante en su vida cotidiana. Los deberes no pueden tener que ver con lo que saben, sino con lo que pueden hacer con lo que saben. La tarea de lidiar en casa con los deberes también es diferente en cada etapa. No es lo mismo la ficha creativa de Primaria que la batalla por memorizar para un examen en la adolescencia.

En medio de las propuestas más o menos absurdas de deberes de los primeros años de escuela, hay una que nunca ha dejado de ser positiva y determinante: la lectura. El aprendizaje de la lectura y el nacimiento del gusto por leer (en cualquier pantalla o en papel). Normalmente, no es en casa donde se enseña a leer, sino que, escuchando sus tanteos, se les ayuda a descubrir. Pero, poco a poco, aparece un trabajo familiar capital: pasar de leer los padres a que lean ellos cada vez un poco más. Vuelvo al libro citado: “La lectura acaba funcionando si, cuando no saben leer, les leemos nosotros; si cuando dominan una frase, nos acostumbramos a escuchar cómo hacen probaturas; si cuando ya lo dominan, leemos juntos de manera habitual; si, a pesar de saber leer, todavía les seguimos leyendo antes de ir a dormir. De esta manera,

afecto, felicidad e imaginación aparecerán cada día asociados al hecho de leer”.

Con la adolescencia las cosas son algo más complejas. No solo por la “apasionante” etapa de la vida que viven y hacen vivir, sino por la enorme distancia que hoy existe entre sus



MOISÉS MAHIQUES

vidas y lo que propone el instituto. Distancia que se agudiza de manera extrema con los deberes. Entre todos los “consejos” que suelo dar a padres y madres para reducir algo los conflictos, destacaré este: “Encontrar y renovar cada día los argumentos para convencerlos de que han de ir al instituto, que vale la pena, que es interesante (aunque la evidencia sea la contraria). Demostrarles que nuestra preocupación educativa va más allá de las notas o de los deberes. Mostrar interés por su vida en la escuela”.

LA PROFESIÓN DE ENSEÑAR Y EL OFICIO DE PADRE Y MADRE

Tener claro para qué enviamos a los niños y niñas a la escuela, saber lo que hacen y por qué lo hacen, descubrir cómo evolucionan y cómo aprenden, comprobar cómo son personas, poco a poco diferentes, que conviven y entienden el mundo, requiere que la escuela esté abierta a los padres y que padres y madres quieran saber y participar sobre el tiempo escolar. La crisis de confianza que desatan los deberes no puede conducir a una simple oposición familiar a los encargos de la escuela, sino a la construcción de una adecuada relación. Los deberes han de generar reflexión y práctica sobre la educación compartida y las formas familiares de ayudar a aprender. Conducir a compartir activamente el aprendizaje y la educación.

La calidad educativa de la escuela mejora cuando existe una verdadera participación de los padres y las madres y cuando los chicos y las chicas tienen más probabilidades de tener una vida escolar positiva. Las dos partes necesitan que los hijos-alumnos hagan suya la escuela y tengan ganas de aprender. Por eso se trata de poder estar en la escuela como padres y madres (no quedar fuera de su funcionamiento), poder proponer y sugerir, ser escuchados, tener espacios para la toma de decisiones compartida entre todos (maestros, alumnos y padres).

Sin embargo, querer ayudar a aprender significa tener presente que enseñar, hacer aprender y hacer que deseen saber, es una tarea profesional complicada que requiere personas verdaderamente preparadas y con singulares cualidades humanas. Ser maestro, ser profesor es una profesión compleja que debe ser reconocida. Las buenas relaciones entre familia y escuela se basan en principios de confianza mutua. Si llevamos a nuestros hijos e hijas a la escuela, no es para que los tengan entretenidos y controlados mientras nosotros trabajamos. Los llevamos porque la escuela es un contexto fundamental e imprescindible para convertirse en personas y ciudadanos.

La mayoría de los padres y las madres son expertos en vínculos. Han aprendido a demostrar al hijo que les importa, que puede sentirse seguro, que por encima de todo será querido,

que ha de ser buena persona y que algunas de las cosas que para la familia son importantes pasan por su vida en la escuela. El maestro, la profesora necesitan contar con esa experiencia vital que tiene el alumno.

En el fondo, de lo que se trata es de concretar maneras de acompañar activamente la escolarización de los hijos, y eso va desde la participación activa en la escuela hasta buscar la manera adecuada de estar a su lado cuando han de hacer las tareas en casa. Se trata de acompañar también en el recorrido educativo que hacen en la escuela y fuera de ella, ser, en la medida de lo posible, el puente que conecta unas experiencias con otras. Pensar en cómo ayudar con los deberes de los hijos lleva inevitablemente a acabar hablando de cómo ayudar a organizar con la escuela lo que hacen al salir de ella.

RENOVAR UN VIEJO DEBATE

Justo cuando he de escribir este artículo estoy inmerso en una reforma de mi despacho. La rotura de los papeles inútiles acumulados a lo largo de los años me lleva a descubrir un olvidado artículo de 1993 (¡es muy viejo el debate!), en el que escribía: “debemos evitar que tengan la sensación de que la escuela les invade la vida... evitar que sientan su ocio empedrado de deberes, como una prolongación de la presión del maestro, como un ‘más de lo mismo’ pero, ahora, en casa”.

Acabará con una reflexión de entonces que, 23 años después, sigue viva: “aunque como padre que padece los deberes de sus hijos me cueste aceptarlo, debo reconocer que quizás el principal beneficio que obtienen los alumnos-hijos es que sus padres tengan que dedicarles algo de tiempo. Es difícil no entrar en la guerra familiar cotidiana por los deberes, pero, cuando se consigue la calma, los hijos disponen gracias a ellos de tiempo y de cercanía de madre o de padre”.

PARA SABER MÁS -----

- Funes Artiaga, Jaime (2016). *Hartos de los deberes de nuestros hijos. Queremos ayudarlos a aprender*. Barcelona: Lectio Ediciones.